

Año cero

Felipe Quilini

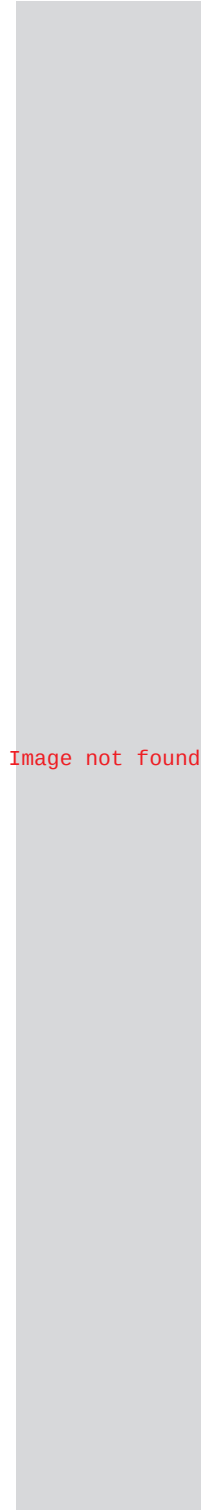


Image not found.

Capítulo 1

Tu silueta se pasea por mi dormitorio como si fuese parte de un pensamiento inconcluso.

La maquinación de un deseo que ambos sabemos no lleva pies ni cabeza.

La media noche acabó hace dos horas y treinta y yo ya te imaginé en tres distintas situaciones; en tres escenarios atiborrados de personajes cuyos desenlaces se difuminan en la luz del fondo.

Allí afuera no hace tanto frío. Allí afuera no hay nadie con quien hablar.

Aquí adentro tampoco, pero así está bien.

Imagino que te acordaste de mí con la alerta sísmica de hoy en la mañana.

Creo que te imaginé recostada sobre la camilla de un hospital perdido al oeste de la capital.

En la radio se escucha *To the end de Blur* y en el cielorraso de mi habitación las sombras han dibujado, o eso creo, un par de frases de Dora Castellanos, frases que jamás leí y que parecen sugestivas, en cualquier caso.

¿Las ves?

Sí, creo que las ves, a lo lejos, entre destellos que reverberan en tus ojos que cada vez te pertenecen menos y que comenzaron, hace un par de meses ya, la dificultosa tarea de llevarte al fondo.

¿Pero al fondo de qué?

Digamos, al fondo de la nada, es decir, al fondo de un camino que ni yo he transitado, un camino que se bifurca a *una nada* aún más espesa y que semeja a un hilillo de semen seco.

Aun más profunda, pero también más serena.

Allí nos encontramos ambos.

Te grité, o quizá alcé la voz con una inhabitualidad aterradora: ¿cómo estás?, pregunté en dos o tres oportunidades con un tono más grave de lo

usual.

Sobre la estantería improvisada que descansa hacia mi derecha he visto algunos títulos que me recuerdan a ti.

Hoy me perdí en el centro de la ciudad, como de costumbre.

Y caminar por donde posiblemente también caminarás tú ha provocado en mí un grado de excitación inusual.

Como el quemado, un día decidí marcharme y tampoco fue fácil, pero ya sabes, las despedidas no siempre son gratas.

Las despedidas siempre son amargas, aun cuando creemos que no lo son, son amargas siempre; el desapego y el orgullo que alcanza el clímax, el límite.

Deberíamos empezar desde cero, pero el cero no existe.

Sí existe el límite entre lo que es y lo que no es.

Sí existe algo que traza la figura algebraica entre lo que tiene o no valor suficiente. Imagínatelo por un segundo: yo estoy a tu izquierda, del otro lado de la puerta, rígido, pero con la suficiente voluntad para bajar por las escaleras.

Pero la voluntad mata, la libertad mata, la libertad y la sensatez matan, porque la libertad no se conquista con sensatez, oí alguna vez.

Deberíamos empezar desde cero, pero el cero no existe o existe a medias.

Imagínatelo otra vez: imagina al Éufrates y al Tigris desbordándose simultáneamente y cubriéndolo todo.

Imagínate sobre las montañas de Anatolia leyendo las epopeyas homéricas y ahora imagíname a mí, en Babilonia, sentado sobre una banca de piedras o sobre el piso mientras la historia ya ha hecho lo suyo.

¿Lo ves?

Después de mucho tiempo estoy borracho, se me ha comenzado a nublar la vista.

Ya no sé ni lo que escribo, mucho menos lo que pienso o lo que digo.

Supongo que tú, al igual que yo, estás en la misma situación.

Deberíamos empezar desde cero, porque quizá el cero exista.

Imagínatelo una vez más: imagínate hablando de dignidad, imagínate hablando de tu propia dignidad tan robusta como Los Andes, bajo un marco imaginario en medio del parque Bicentenario.

Ahora imagínate la mía.

¿Es curioso, no?

Es curioso que la dignidad para ti sea algo de tanta fuerza, de tanta nitidez y tanta opulencia junta, cuando pisoteaste la mía.

Pero la culpa siempre fue mía, la precariedad siempre fue mía.

Y de lo mío, guste o no, suelo encargarme yo.

Las sombras ya comienzan a desvanecerse en el cielorraso de mi habitación.

Deberías abrir la puerta, aunque para entonces yo muy probablemente haya partido de la ciudad.

La señal de la radio comienza a languidecer poco a poco. Lo último que alcancé a escuchar fue *Year of the cat de Al Stewart* mientras unos gatos merodean por el jardín en busca de las sobras del mediodía.

He contemplado un crimen mientras tú escapabas con un vestido de seda.

¿Pudiste verlo?

El asesino parece de mi edad y su apariencia desastrada no te fue indiferente.

No te ha dado tiempo para hacer preguntas, aunque mejor así, pienso, mejor así.

Es el nuevo año de los gatos y lo hemos comenzado de la peor manera, ¿no te parece?